

Capítulo II.

Desde que Teodoro fué nombrado abad envió dos de sus religiosos, Teófilo y Coprez, á San Atanasio para ofrecerle sus respetos y su obediencia. Al volver, trajeron de Alejandría un jóven de diez y siete años, llamado Ammon, el cual, despues de haberse convertido a la fe, habia resuelto abrazar la vida solitaria por el elogio que San Atanasio habia hecho de ella en uno de sus sermones. Habia querido por de pronto ponerse bajo la conducta de un monge de la Tebaida que se encontraba entonces en Alejandría; pero un sacerdote de la ciudad á quien consultó su resolucion, le advirtió que aquel monge era herege y aconsejóle que mas bien se fuese á Teodoro. Aprovecho, pues, la vuelta de sus dos religiosos, y este Ammon, que fué despues obispo, es á quien debemos el conocimiento de una parte de las acciones de nuestro Santo en una larga carta que dirigió á Teófilo patriarca de Alejandría, por los ruegos que sobre el particular le habia hecho este prelado. Despues de la muerte de San Teodoro, refiere en ella no solamente lo que de él habia oido contar, sino tambien lo que él mismo habia visto y oido.

Dice tambien que cuando llegó á Pabau San Teodoro salió á recibirle á la puerta del monasterio, le hizo algunas preguntas, vistióle el hábito monástico, le introdujo en un lugar en donde estaban reunidos los hermanos en número de seiscientos, y le hizo sentar junto á él bajo una palmera.

Añade que estaba lleno de asombro y admiracion al ver el hermoso órden que reinaba en una tan hermosa asamblea de monges, y que mientras estaba sentado junto al Santo, vió á muchos de aquellos religiosos que se levantaban los unos detrás de los otros y se le acercaban suplicándole que les dijese delante de todos cuáles eran sus fal-

tas; que Teodoro les refería entonces algun pasage de la Escritura que convenía á su estado particular, y que se veían á estos religiosos volver á sus puestos con las lágrimas en los ojos y la compuncion en el corazon; que algunos estaban tan vivamente penetrados de ella, que derramaban abundantes lágrimas y las arrancaban tambien de los ojos de aquellos que estaban sentados á su lado. Entre los que de esta manera iban á suplicar al santo abad que les dijese sus faltas, Ammon notó á uno llamado Patelloi, á quien el Santo dirigió aquellas palabras del Apóstol: *Llevad los unos las cargas de los otros, y de esta suerte cumplireis la ley de Jesucristo* (Gal. 6.); pero en seguida declaró á los hermanos que aquel buen religioso era muy temible á los malignos espíritus.

No era solamente debido á un conocimiento experimental de las costumbres de sus religiosos el que el Santo hiciera segun el estado de cada uno de ellos en particular tan justas aplicaciones de la Escritura, sino que más bien era á causa de una luz sobrenatural que Dios le comunicaba en su interior; y no terminó esta conferencia sin que apareciese evidentemente que el espíritu de Dios residía en él; porque por aquel mismo tiempo hizo sobre lo que pronto debía suceder á la Iglesia, una prediccion que los efectos justificaron, y que vamos á contar segun la narracion de Ammon que la oyó.

Otro religioso iba acercarse á él, como lo habían hecho los demás, cuando de repente se le vió entrar en un profundo silencio, mirar en seguida al cielo, y por último levantarse de su lugar. Todos los hermanos se levantaron tambien y formaron un círculo al rededor de él, comprendiendo que todavía tenía que darles algun consejo importante. Dijoles entonces: « Yo no sé si los que todavía son carnales entenderán lo que voy á decir, y lo echarán á buena parte; pero yo no dejaré de declararlo, puesto que Dios me

lo manda. La persecucion que ha sido excitada por los que se llaman cristianos como nosotros (queria designar á los arrianos) crecerá todavia mucho y llevará á muchos á la perdicion eterna. Cuando esté más encendida que nunca levantárase un príncipe pagano que declarará todavia una sangrienta guerra á los fieles que estarán sometidos, á su dominio y no omitirá nada para destruir la religion; pero Jesucristo echará por tierra sus designios, y aquel será confundido. Por esto no debemos cesar de dirigirnos á Dios á fin de que tenga piedad de las Iglesias é impida por su misericordia la pérdida de un gran número de almas. »

Elurion, que era uno de los hermanos que le escuchaban, deseó saber cuándo sucederian estas cosas, y rogó á Ammon que se lo preguntara; pero el jóven novicio no se atrevía á ello por respeto y timidez. Hizolo por ultimo á instancias de Elurion, quien le auguró que el Santo tendria para con él esta complacencia; y apenas hubo abierto la boca, cuando Teodoro le dió una respuesta que fué una prediccion que le atañia personalmente. Díjole, pues, que lo que acababa de decir se realizaria dentro de pocos años; que Dios tendria finalmente piedad de su Iglesia; que cuando habría cesado la persecucion de los paganos, cesaría tambien la de los arrianos; y que él, Ammon, vería por sí mismo aquellos trágicos acontecimientos, y los favorables que á ellos sucederian.

Esto se verificó primeramente cuando San Atanasio fué arrojado de Alejandría y cuando los arrianos descargaron más que nunca su furor contra los ortodoxos. En segundo lugar, cuando Juliano el Apóstata, en medio de aquellas turbulencias, fué declarado emperador, y persiguió á la Iglesia á la que había resuelto abolir enteramente. En tercer lugar, cuando Joviano, príncipe muy ortodoxo sucedió á Juliano y devolvió la paz á la Iglesia.

La conferencia espiritual de que acabamos de hablar

terminó con esta prediccion; despues de la cual hizose la oracion, y Teodoro, habiendo despedido á los hermanos entregó á Ammon en manos de Teodoro de Alejandria, aquel á quien San Pacomio, como ya lo dijimos en su Vida, habia constituido jefe de una vivienda de cerca de veinte solitarios griegos, y el cual tenía por segundo á Ausonio. El santo abad le recomendó que se apresurase á instruirle en las sagradas Escrituras, porque no debía permanecer mucho tiempo en la Orden, sino que estaba destinado para servir á la Iglesia en el estado clerical, segun que Dios se lo habia dado á conocer.

Ammon tenia al principio dificultad en creer que el Santo pudiese conocer los secretos de los corazones, y preguntó á Ausonio si podía ser que Dios concediese esta gracia á los hombres, y si habia pruebas de ello en los Libros santos. Ausonio le respondió que lo experimentaría él mismo cuando dada la ocasion veria que Teodoro le declaraba perfectamente lo que creía muy oculto en su conciencia, y le mostró por muchos pasages de la Escritura que no era esto imposible, ni sin ejemplo. Pero Ammon no tardó en experimentarlo.

Una noche en que se vió obligado á salir del monasterio por alguna necesidad, oyó de repente á Teodoro que le llamaba. Él confiesa que esto le espantó y que, aun cuando no llevaba sobre su cuerpo sino la ropa de lino, se encontró al instante cubierto de sudor. Rindióse sin embargo á la voz de su abad, y le oyó que daba una severa correccion á un religioso tebano llamado Amai, el cual, muy lejos de combatir los pensamientos que el demonio sugería á su espíritu, los entretenía con propósito deliberado. El detalle que le hacia de aquellos pensamientos era tan claro que no pudiendo aquel hermano disimularlo más, se echó á sus piés y le rogó que le obtuviese el perdon de ellos delante de Dios. Pero pareció que

su pesar no era del todo sincero ; porque muy lejos de corregirse, formó el proyecto de abandonar la órden; lo cual ejecutó cuatro meses despues para alistarse en las tropas. Sin embargo no tardó en sentir los dardos de la cólera de Dios con que el santo le había amenazado, porque en menos de un año murió de hidropesia despues de haber padecido algunos meses.

Ammon se fué en seguida con el Santo á Tabennes, en donde fué testigo de la curacion de una muger jóven casada (Epist. Am. n. 10.), de la cual se creia haberse envenenado por descuido, y de cuya curacion desesperaban los médicos. Su padre, afligido por perderla, se fué al monasterio acompañado de unos treinta hombres de su poblacion, los cuales se echaron con él á los piés de Teodoro, suplicándole que fuése á la casa de aquella muger para rogar al Señor que la curase. Teodoro respondió que Dios se hallaba en todas partes y que, si era su voluntad que aquella mujer recobrase la salud, la oiria lo mismo en el oratorio del monasterio. Fuése allá al instante con sus religiosos, y despues de la oracion bendijo el agua que envió á la enferma, de la cual apenas hubo tomado algunas gotas, cuando una abundante evacuacion la libró del mal. Aquella súbita curacion tuvo lugar en presencia de un gran número de personas, entre las cuales se hallaba un arriano de Alejandría, el cual no pudo menos de tributar gloria á Dios.

Algun tiempo despues (Epist. Am. n. 11), San Teodosio volvió á Pabau, donde tomó con él á cerca de ciento veinte religiosos para ir á cortar, en una isla del Nilo, juncos para hacer esteras. Allí permaneció durante muchos dias y no dejó de hacer por la noche la conferencia espiritual como si hubiese estado en el monasterio. Un miércoles, mientras la estaba haciendo, se metieron por entre sus piernas dos pequeñas víboras con evidente peligro de picarle. No quiso por esto interrumpir su discurso por miedo de perturbar á

los hermanos, sino que puso el pié sobre aquellas bestias, y así lo tuvo durante todo el tiempo que duró la conferencia, despues de la cual las hizo matar. En seguida dijo á los hermanos que se le había aparecido un angel, y le había nombrado algunos religiosos que no tenian bastante cuidado de su salvacion, y entre ellos á uno que se hallaba actualmente en Pabau, y que Dios le ordenaba que le echase del monasterio.

Esta declaracion no fué recibida por todos con igual submission de espíritu. Silvano, egúmeno ó jefe de una compañía de veinte y dos solitarios, que tenia por segundo á Linufon, y á Macario, hermano de nuestro Santo, por uno de sus inferiores, despreció en su alma esta revelacion, como una locura ó un sentimiento de vanidad, y dijo dentro de sí : « ¿ No es aquel el hermano de Macario á quien yo tengo bajo mi conducta? ¿ no han tenido la misma madre? ¿ de dónde le viene esta presuncion? Macario es mucho más humilde que él. » Pero mientras que rumiaba en su espíritu estos pensamientos, vió delante de sí á un hombre de terrible mirada que le dijo : « ¿ De este modo faltas tú al temor y al respeto para con Dios, despreciando á su siervo como lo haces? » Y al mismo tiempo le dió una bofetada, que le hizo caer en apoplegia.

Los religiosos le vieron caer sin palabra y sin conocimiento, pero no pudieron saber la causa de ello. Llévaronle en una cama á Pabau donde su situacion arrancó lágrimas á todos sus hermanos, y sobre-todo á Teodoro de Alejandría, á Pecusio, á Psamfio, á Psentaesio, á Elurion y á Isidoro, religiosos eminentes en virtud y recomendables en la Orden, los cuales ofrecieron á Dios largas plegarias, acompañadas de llantos y suspiros, para obtener de su fina bondad que volviese en sí de su letargo.

Él no dió señales de vida hasta despues de tres dias, por estas palabras que pronunció dando un suspiro : « Ben-

dito sea el Señor que me ha instruido y ha tenido piedad de mí. » Todos los religiosos, grandemente consolados al verle recobrar los sentidos, juntaron sus acciones de gracias á las suyas, y se apresuraron á hacerle tomar un poco de alimento, porque no había probado bocado hasta entonces.

Al dia siguiente, al rayar el alba, cuando se halló ya más en estado de hablar, pidió que se hiciera reunir á todos los religiosos del monasterio y, viéndoles al rededor de su cama, les declaró el juicio que habia formado contra San Teodoro, y cómo habia sido castigado por ello con la correccion y la cruel bofetada de aquel que se le habia aparecido y cómo, en el momento de recibir esta bofetada, habia perdido todo sentido, sin que despues hubiese podido oír cosa alguna, ni siquiera saber cómo habia sido trasladado de la isla al monasterio, lo cual indujo á los asistentes á dar al Señor nuevas acciones de gracias.

Pocos dias despues, volvió San Teodoro á Pabau y, despues de haber hablado á los hermanos, les suplicó que aguardasen un poquito en el lugar en que se hallaban, y se fué con otros dos al refectorio. Allí detuvo á un jóven religioso que era precisamente aquel á quien el ángel le habia dicho que echase de la Orden. Tomóle á parte, y le instó mucho á que le declarase las faltas de que era culpable; pero viendo que se negaba á confesarlas, comenzó á decirselas él mismo, como si hubiese tenido ante los ojos los más secretos repliegues de su conciencia. El religioso que vió muy bien que decía verdad y que iba á proseguir hasta el fin toda la narracion de su mala vida, no pudo sufrir por más tiempo el reproche. Echóse de rodillas delante de él para rogarle que no dijese más, y abandonó por sí mismo el monasterio; pero antes de salir de él, confesó á los hermanos que estaban reunidos, que el santo abad le echaba con justicia de la Orden, y que solo Dios había podido revelarle los detalles de su criminal conducta.

Nuestro Santo no se limitó á esto, sino que fué á encontrar en particular á los otros de quienes el ángel le había dado á conocer que tenían necesidad de su correccion; y lo hizo durante la noche para ahorrarles la confusion que habrían podido tener si los demás hermanos hubiesen conocido esto. Declaróles á cada uno los pecados de los cuales Dios le había revelado que eran culpables despues de su bautismo. Ninguno pudo negarlos, y tuvieron de ello tanto pesar que la mayor parte le suplicaron que les permitiese acusarse de ellos públicamente delante de todos los religiosos; pero este prudente abad no lo quiso, por miedo de escandalizar á los más jóvenes y á los más flacos y se contentó con que fuesen á declararlos á Pecusio y á Psentaesio.

Esto sucedió, dice Ammon, durante la cuaresma (Epist. Am. 3, n. 13.). El martes despues de Pascua, hallándose reunidos en Pabau en número de dos mil los religiosos de otros monasterios de la Orden, para celebrar juntos aquellos santos dias, como habían acostumbrado hacerlo todos los años, Teodoro esplicaba á todos los que iban á consultarle los diferentes puntos de las Escrituras que no entendian; despues de lo cual les dijo: « Es para mí un gran motivo de consuelo el conversar con vosotros; pero creo deberos advertir que el demonio se ha metido entre nosotros para tentar de gula y vanidad á uno de los hermanos que está aquí presente. Le ha persuadido á que tomase furtivamente algunos panes para comérselos á escondidas y fingir que ayuna como los demás. Por esto aconsejo á los que son más flacos que « no pasen un dia sin comer, escepto el viérnes. » Entonces aquel á quien iba esto dirigido, viéndose descubierto, fué á echarse á sus pies para declararle sus faltas; pero Teodoro le cubrió el rostro con el manto á fin de que no fuese reconocido por los otros. Otra falta que hicieron algunos religiosos, y que los que no comprenden

bastante la perfeccion religiosa mirarán quizás como de ninguna trascendencia, dió ocasion á nuestro Santo para hacer una excelente exhortacion á los hermanos, la cual referiremos aquí tal cual nos la ha conservado Ammon.

Habiendo tomado Teodoro con él á cuarenta de sus religiosos para ir á la montaña á cortar madera, de la que tenían necesidad en el monasterio, envió á otros cuarenta á una jornada de allá para hacer lo mismo, y les señaló para conducirles un religioso llamado Isidoro, hombre lleno de dulzura y de una sabiduria evangélica. El primer dia por la tarde, haciendo Teodoro con los suyos de rodillas la oracion de vísperas, Dios le dió á conocer que cuatro de la compañía de Isidoro, los cuales por otra parte eran buenos religiosos, trabajando á alguna distancia de los demás, se habian entretenido en reir y hacer alguna broma entre sí. Terminada la oracion, hizo la exhortacion espiritual y al terminar dijo á sus religiosos que juzgaba á propósito que el sábado fuesen al monasterio. Envió dos religiosos á Isidoro para decirle que se encontrase tambien allí con los hermanos que estaban con él, pero sin explicarle el porqué.

Habiéndose, pues, ido todos á Pabau, Teodoro les reunió en el lugar en que se hacian las conferencias, y les habló de esta manera: « No ignorais, hermanos míos, que los que hacen profesion del estado monástico, tienen que portarse de una manera mucho más pura y santa que el comun de los hombres. Su vida debe ser más angelical que humana, porque, habiendo renunciado al mundo y á sí mismos, no deben ya vivir sino para aquel que por ellos murió y resucitó, ya que voluntariamente se han crucificado con él. Tal es el espíritu de nuestro estado. Por esto hemos dejado nosotros á nuestros padres y nos hemos unido aquí en un mismo cuerpo de comunidad. Así que toda nuestra aplicacion debe reducirse á considerar á Jesucristo como nuestro modelo, á fin de conformar nuestra vida á la suya,

ya que él es nuestro jefe y el camino por el cual los religiosos debemos andar. Así tambien debemos pensar que Dios no solamente ha dado á los que desean llegar al reino de los cielos las sagradas Escrituras para confirmarlos en la fé en Jesucristo y servirles de regla para su salvacion sino que tambien ha querido que la santidad de sus siervos les edificase y animase como un poderoso ejemplo, ya para confirmarles en la misma fé, ya para servirles de modelo.

« Veo sin embargo con dolor que algunos de nosotros, que han empezado bien, andan ahora con peso dudoso, si es que ya no están del todo caidos. Cuatro de nuestros hermanos del número de aquellos á quienes habíamos enviado para cortar leña á la montaña, encontrándose juntos algo apartados de los demás, creyeron que les era permitido chancearse entre si y proferir palabras chistosas, no acordándose de que contristaban en su alma al Espíritu-Santo, que me ha dado á conocer su falta, á fin de que reprochándose la entrasen dentro de si y la expiasen con lágrimas y gemidos. ¿ Ignoran acaso que Jeremias ha dicho: *Señor, yo no me he encontrado jamás en la asamblea de los que se divierten; sino que me he conservado en el temor de vuestra tremenda mano, y he permanecido solo penetrado de sentimientos de tristeza y de compuncion?* (Jerem. 15, 17.) ¿ Han olvidado lo que dice Job: *Que estos males y otros semejantes caigan sobre mi cabeza, si he andado con los chanceros?* (Job. 31, 34.) ¿ No saben que Dios no castiga menos en sus siervos las faltas pequeñas que las grandes, á fin de asegurar mejor su salvacion? ¿ No han leído lo que dice Salomon: *La risa de los insensatos es semejante al ruido que hacen un manojo de espinas que se enciende bajo una olla,* (Eccle. 7, 7.) y en otra parte: *Yo he llamado á la risa una ilusion;* (Ibid. 2, 2.) y tambien: *la cólera vale más que la risa?* (Ibid. 7, 4.)

« Así que, hermanos míos, os exhorto á estar más aten-

tos sobre vosotros mismos y á aprovecharos del consejo del Apóstol cuando dice: *Que vuestras risas se cambien en llantos y vuestra alegría en tristeza* (Jac. 4, 9), por miedo de que no caiga sobre vosotros aquella terrible sentencia del Salvador: *Desdichados de vosotros que reis ahora porque gemireis y llorareis* (Luc. 6, 25.). Condenaos voluntariamente á la penitencia. Entregaos de vuestra propia voluntad á los suspiros y á los llantos, porque esto os será de grande utilidad, y os ahorrareis las lágrimas que os veríais obligados á derramar en la otra vida. Poneos en la presencia del Señor, y decidle con la sinceridad de vuestro corazón con el real Profeta: *Si; Dios mio, estoy dispuesto á abrazar la penitencia y sufrir el castigo que merezca*. » (Psal. 37.)

Tal fué el saludable consejo que Teodoro dió á aquellos cuatro religiosos, que encontrándose mezclados entre la muchedumbre de los hermanos y separados unos de otros, se postraron al mismo tiempo como si se les hubiese dicho, dieron pruebas de su arrepentimiento con profundos suspiros, y suplicaron á los hermanos que orasen por ellos, lo cual hizo llorar á toda la asamblea; y aquellos cuatro religiosos se aprovecharon tan bien de la correccion, que hicieron despues grandes progresos en la virtud y sirvieron de ejemplo á los demás.

No sucedió lo mismo con otro religioso llamado Moisés, quien mereció que su cuerpo fuése entregado al demonio, habiéndole entregado su alma por el endurecimiento en el pecado. San Teodoro, que le había enviado con otros hermanos á una isla del Nilo para recoger yerbas que se salaban para el alimento de los religiosos, le envió á decir al cabo de cinco dias que volviese al monasterio. Él respondió que ya iría con los demás cuando habrian recogido toda la provision; pero se le obligó á obedecer.

A su llegada, encontró al santo abad con Psentaese é

Isidoro, y que estaba penetrado de un muy vivo dolor por esta causa. Apenas el Santo le vió en su presencia, le dijo: « Hermano mio; ojalá hubiese querido Dios que se me hubiera anunciado vuestra muerte en vez de la que dais á vuestra alma! Esto hubiera sido sin duda un mal mucho menor. ¿He dejado yo de advertiroslo? ¿No he ido á exhortaros frecuentemente á vuestro aposento para que rechazaseis los malos pensamientos que entreteníais en vuestro espíritu? Pues no decíais siempre que no eran más que sugeriones de parte del demonio. Pero ¿no os decía yo que le llamabais vos mismo con la depravación de vuestro corazón, y que más bien le ofrecíais vos el medio de tentaros que no os daba él la ocasion? Mirad ahora en cuán deplorable estado os encontrais, y lo que os queda de haber andado por el camino de la iniquidad. »

Moisés, ciego y obstinado en su malicia quiso escusarse nuevamente y paliar su falta; pero el Santo, esclarecido con la luz de lo alto, le indicó el tiempo y lugar en que voluntariamente se había entretenido en los pensamientos que le reprochaba; y como todavía quisiese responder que aquello no era más que sugeriones del demonio con las cuales no temia en ninguna parte, el Santo le replicó: « Hasta ahora Dios no había permitido al demonio que os affligiese en el cuerpo; pero puesto que habeis querido alojarle dentro de vos, sabed que no sois bueno para nuestra Orden, y queme veo obligado á echaros de ella. » Al mismo tiempo, ordenó á cuatro hermanos jóvenes y robustos que le sacasen fuera del monasterio y le llevasen al pueblo de donde era natural; pero apenas hubo salido del monasterio cuando se posesionó de él el demonio. Los hermanos tuvieron necesidad de toda su fuerza para llevarle á su pueblo, y se había vuelto tan furioso que fué necesario atarle con fuertes ligaduras.

Si el santo abad tuvo motivo de gemir por la pérdida de